

**LAS IZQUIERDAS
EN LA ESPAÑA DEMOCRÁTICA**

Manuel Pérez Ledesma (coord.)

PRESENTACIÓN

En la «Respuesta a los críticos» que Norberto Bobbio publicó en 1995 como Introducción a la segunda edición italiana de su libro *Derecha e izquierda*, el autor dividió en tres grupos las críticas que había recibido la edición anterior de la obra. Sólo nos interesa, al menos de momento, el primero de esos bloques: incluía a «*aquellos que siguen afirmando que la derecha y la izquierda ya son nombres sin sujeto*», por lo que no valía la pena «persistir en el intento de mantenerlos con vida, dándoles un significado que ya no tienen, si alguna vez lo han tenido» (1). No era, por supuesto, una crítica nueva: en el fondo, el libro de Bobbio estaba dedicado a combatir esa idea, y por eso su primer capítulo se ocupaba de la discusión con quienes rechazaban la permanencia de la dicotomía. En especial con quienes, tras la caída del régimen soviético, pensaban que la izquierda había quedado sepultada bajo las ruinas; pero también con aquellos que creían que las dos etiquetas de izquierda y derecha eran ya «meras ficciones», en la medida en que habían desaparecido, o habían quedado reducidas a la mínima expresión, las diferencias del pasado.

Antes de Bobbio, y también antes de la caída del muro de Berlín que dio origen a la nueva fase crítica para la izquierda, la dicotomía había sido negada, o al menos discutida, en muy diversas ocasiones a lo largo del siglo xx. Negada, para empezar, por los grupos y partidos políticos que se definieron a sí mismos, en el primer tercio del siglo, como «ni de derechas ni de izquierdas», y cuya historia ha escrito Zeev Sternhell; pero también por quienes tras la segunda guerra pensaron que las ideologías estaban destinadas a desaparecer, sustituidas por el gobierno de los técnicos. Hasta algún radical como Jean Paul Sartre, tras acusar en los años sesenta a la izquierda de estar «gravemente enferma», incluso «moribunda», acabó explicando que derecha e izquierda ya no eran más que dos cajas vacías (2).

Frente al rechazo de algunos y las dudas de otros, las respuestas de quienes están convencidos de la pervivencia de la dicotomía han oscilado entre la réplica malhumorada, la imputación de afinidades ocultas, y los intentos de definir el sentido de la división y de precisar los rasgos más estables de las dos partes

(1) Cito por la edición en castellano: BOBBIO (1995): 23.

(2) STERNHELL (1983); SARTRE (1986): 123-124.

que la forman, al margen de los cambios que el paso del tiempo ha producido en una y otra. Un ejemplo de respuesta malhumorada lo ofreció Jürgen Habermas, ante la pregunta de un periódico alternativo: «Todo el mundo sabe qué es la izquierda. Ahora díganme por qué *ustedes* ya no lo saben». De la imputación de afinidades no explícitas dio prueba, por su parte, un comentario de Alain en 1930: «Cuando se me pregunta si la división entre izquierda y derecha tiene todavía algún sentido, el primer pensamiento que me viene a la cabeza es que la persona que hace la pregunta no es de izquierdas». Veinticinco años después, los participantes en un amplio dossier sobre el tema que publicó precisamente la revista de Sartre, *Les Temps Modernes*, también harían suya esta consideración (3).

Más interesantes, de todas formas, son los intentos de caracterizar a los dos sectores políticos contrapuestos. Unos intentos que han tropezado con muchas dificultades como consecuencia de los cambios de programas y perspectivas a lo largo de los dos últimos siglos; lo cual no ha impedido que haya quien se atreva a abordar esa tarea. A mediados del siglo pasado, en el número especial ya mencionado de *Les Temps Modernes*, Cl. Lanzmann ofreció una amplia caracterización del «hombre de izquierda», en un texto paralelo al que Simone de Beauvoir dedicaba al pensamiento de la derecha. A pesar de las dificultades para la difusión de la revista durante el franquismo, ambos trabajos tuvieron una fuerte influencia entre algunos sectores universitarios españoles y americanos (de hecho, el texto de Beauvoir fue traducido al castellano en una editorial sudamericana). En el análisis de Lanzmann, el rechazo de la democracia capitalista, la conciencia de la perfectibilidad humana frente al pesimismo antropológico de la derecha, la concepción de la historia como un proceso de liberación de toda opresión, y la defensa de la igualdad socio-económica y de la superación de las diferencias entre las clases, las razas y las creencias, eran los temas centrales de un modo de pensar cuyo último objetivo se refería nada más y nada menos que a «la abolición de la explotación del hombre por el hombre» (4).

En la década de 1950, cuando aparecieron los textos mencionados, aún seguía vigente lo que Geoff Eley ha definido como una tácita identificación entre la izquierda y el socialismo. Más aún, en aquellos momentos, y dada la creciente debilidad y moderación de los partidos socialista o radical en países como Francia, la opinión más extendida señalaba que sólo quienes estaban dispuestos a colaborar con los partidos comunistas para alcanzar la emancipación de la clase obrera podían ser considerados como auténticos «hombres de izquierda» (5).

(3) La cita de Habermas, en GLOTZ (1992): 69. La de Alain, en GIDDENS (1999): 51. *Les Temps Modernes* dedicó en 1955 los números 112-113 y 114 a «La izquierda», con artículos de S. DE BEAUVOIR, C. LANZMANN y D. MASCOLO.

(4) LANZMANN (1955): 1628.

(5) ELEY (2003): XI; MASCOLO (1995).

Pues bien, esa identificación, tácita o expresa, es la que ha perdido su vigencia en las últimas décadas, tanto desde el punto de vista teórico como desde la perspectiva historiográfica. El hundimiento del socialismo real supuso para muchos dirigentes y militantes de la izquierda el fin de las esperanzas de transformación radical de la sociedad, y con ello una drástica reducción de las ilusiones que habían tenido su origen en la Revolución Rusa. La llamada «crisis de la izquierda», tras la caída del muro de Berlín, no puede entenderse si no se tiene en cuenta ese cambio de actitud y sus consecuencias políticas.

Por supuesto, no todos los análisis de esa crisis coinciden en su diagnóstico. Lo cual, dada la tradicional división de la izquierda, no es ninguna novedad. Para algunos, la causa fundamental, y también el mejor testimonio de la «derrota» ha sido el declive, o incluso la destrucción, de las viejas organizaciones y el abandono de las propuestas de transformación social radical. La paradoja se encuentra, según ellos, en el hecho de que el «extravío» de la izquierda, o su «crisis generalizada», se ha producido justo en el momento en que «la revolución social es una necesidad histórica vital, imprescindible para evitar la catástrofe en el planeta»; o, en otros términos, cuando «madura una crisis de civilización», que hace más necesario que nunca un «cambio de paradigma de la organización de la economía y de la sociedad» (6).

La falta de capacidad para presentar un auténtico proyecto alternativo que pudiera ser compartido por un amplio conjunto de la sociedad es, desde esta óptica, el problema central, al que ninguna de las corrientes de la izquierda ha conseguido, al parecer, hacer frente: la socialdemocracia, porque «abdicó hace un siglo de tener una perspectiva de cambio estratégica»; la izquierda comunista, porque «se sumergió en la defensa y crítica de las prácticas en las sociedades posrevolucionarias»; la corriente anarquista, porque «no alcanzó a superar el fracaso de la revolución española», y la izquierda religiosa, porque «como su reino no es de este mundo, limita su quehacer teórico a la crítica ético-moral» (7).

Es verdad que ésta es una actitud cada vez más minoritaria. Lo que, frente a ella, parece haber alcanzado un peso cada vez mayor, tanto desde el punto de vista intelectual como del político, es una nueva visión de la izquierda y sus actitudes que podemos resumir en tres rasgos fundamentales. La conciencia de un rotundo fracaso de las formulaciones clásicas, es el primero; la idea de que la izquierda no es igual al socialismo, ni está afectada por el declive de este último, el segundo; y la moderación en los objetivos, muy lejos de las esperanzas de Claude Lanzmann y de las aspiraciones tradicionales de los partidos de la izquierda obrera, el tercero.

El testimonio más conocido de este cambio de planteamiento se encuentra en el ya mencionado libro de Norberto Bobbio. Como el mayor obstáculo para

(6) La primeras citas, en POLO (2007): 9 y 14; las siguientes, en BERTINOTTI (2006): 67.

(7) ARRIOLA (2006): 10.

el establecimiento de la igualdad entre los hombres ha sido la propiedad individual, su desaparición se convirtió en «uno de los temas principales, si no el principal, de la izquierda histórica, compartido tanto por los comunistas como por los socialistas». Por eso, el absoluto fracaso del primer y hasta ahora único intento de realizar en la práctica, y no sólo en los discursos, la utopía igualitaria ha obligado a la izquierda a plantearse objetivos más modestos. En concreto, a la defensa de una igualdad relativa, y no absoluta; de una igualdad que responda a la doble condición de los hombres, iguales en cuanto miembros del mismo género, pero desiguales si se les considera como individuos. Esa igualdad, distinta al igualitarismo, es precisamente lo que diferencia a la izquierda de la derecha: «cuando se atribuye a la izquierda una mayor sensibilidad para disminuir las desigualdades, no se quiere decir que ésta pretenda eliminar todas las desigualdades, o que la derecha las quiera conservar todas, sino como mucho que la primera es más igualitaria, y la segunda es más desigualitaria» (8).

En términos más concretos, la posición igualitaria de la izquierda se ha expresado tanto en la conquista del sufragio universal, masculino y femenino, y de los derechos de libertad, como en el establecimiento de los derechos sociales a la educación, al trabajo o a la salud, que «tienden a hacer menos grande la desigualdad entre quien tiene y quien no tiene». En estos terrenos es donde la izquierda ha tenido éxitos que el propio Bobbio no duda en definir como «clamorosos», en contraste con la imagen anterior del fracaso y la crisis. Porque ha sido en las últimas décadas cuando el empuje hacia la igualdad, que ya Tocqueville definió a mediados del siglo XIX como irresistible, ha alcanzado mayor intensidad; o dicho en los términos del propio Bobbio, «nunca como en nuestra época se han puesto en tela de juicio las tres fuentes principales de desigualdad, la clase, la raza y el sexo» (9).

«*What's left?*», se preguntó otro de los teóricos destacados de la izquierda posterior a la crisis, Peter Glotz, con un juego de palabras muy frecuente en aquellos años. Y su contestación, además de reducir la importancia de la crisis o del fracaso, no deja lugar a dudas sobre las diferencias entre los dos «estilos de pensamiento» contrapuestos, pero tampoco sobre la moderación de un planteamiento que ya no espera la transformación radical de la sociedad. Lo que según Glotz subyace a la afirmación de que desde 1989 los términos *izquierda* y *derecha* carecen de sentido es «una sobreestimación de la importancia histórica del marxismo-leninismo», y no una crisis general de la izquierda. Porque ésta sigue teniendo objetivos bien definidos: «Creo, sin ánimo de exhaustividad que: la limitación de la lógica de mercado, o, en términos más discretos, la contención de la racionalidad de la economía de mercado; la sensibilización para la cuestión social, es decir, el fomento del Estado social y de determinadas insti-

(8) BOBBIO (1995): 167 y 144.

(9) BOBBIO (1995): 175.

tuciones democráticas; la conversión del tiempo en nuevo derecho de libertad; la emancipación efectiva de las mujeres; la protección del mundo de la vida y de la naturaleza; la lucha contra el nacionalismo» son los rasgos que pueden adscribirse a «un movimiento político que llamamos ‘izquierda’ según una vieja tradición». Un movimiento que se encarna en los partidos socialdemócratas y verdes, pero también en otras corrientes liberales, católicas o cristiano-sociales, y poscomunistas o situadas a la izquierda de la socialdemocracia; y que desde el punto de vista de la posición socioprofesional, podría incluir a sectores mucho más amplios que la clase obrera tradicional: en especial, a «sindicatos y fracciones modernizadoras del capital, [a] trabajadores especializados y del proletariado postindustrial, [a] los defensores socio-críticos de los derechos ciudadanos y [a] profesionales de los servicios» (10).

«El socialismo ha muerto, pero la izquierda no», ha escrito, ya en nuestro siglo, Anthony Giddens. Su respuesta a un juego de palabras similar (*What is left of the left?*) se expresa en términos similares de defensa de valores como «el igualitarismo, la solidaridad, la tutela de los más débiles, así como la convicción de que la acción colectiva es necesaria para conseguir estos objetivos» (11).

A esta misma perspectiva responde, por fin, una nueva concepción historiográfica, expresada sobre todo en el más reciente análisis general de la evolución de la izquierda desde mediados del siglo XIX hasta finales del XX. Frente a la tácita identificación de la izquierda con el socialismo, es preferible, ha explicado Geoff Eley, vincular a aquella corriente con la lucha a favor de la democracia. Es verdad que incluso desde esta óptica, el protagonismo siguió recayendo en los partidos socialistas: fueron ellos los que entre 1860 y 1960 representaron «la columna vertebral» de los movimientos a favor de la democracia, mientras otros grupos o sectores «se arracimaron a su alrededor» para apoyar los procesos de democratización. Por eso, «aunque la izquierda fue siempre mayor que el socialismo», los partidos socialistas representaron «el núcleo indispensable» de aquélla (12).

La situación cambió en las décadas siguientes, en la medida en que los partidos socialistas se convertían en «aparatos electorales tecnocráticos», los partidos comunistas se disolvían o transmutaban y sólo los llamados «nuevos movimientos sociales» mantuvieron «el brío combativo de la política democrática popular». De todas formas, ni el estalinismo, ni más tarde la bifurcación de la izquierda en dos esferas claramente separadas, los partidos parlamentarios y los movimientos extraparlamentarios, pueden hacer que se olvide el papel decisivo de la izquierda, y dentro de ella de los partidos socialistas, como protagonista de las luchas por la democracia y el Estado de bienestar. Quizá, es de nuevo la conclusión de Eley, el socialismo esté «muerto» o en declive; pero la

(10) GLOTZ (1992): 13 y 70-71.

(11) GIDDENS (2006): 60.

(12) ELEY (2003): XI.

tradición socialista aún conserva argumentos «de la mayor importancia para las esperanzas democráticas radicales» (13).

* * *

La transición española puede ser un buen testimonio del papel decisivo de la izquierda en la lucha por la democracia. Es cierto que, en los momentos finales del franquismo, aparecieron grupos de centro o de centro-derecha defensores de la reforma del régimen franquista y que, aunque no lograron crear una sólida organización política, al menos contribuyeron de forma «constructiva y estabilizadora» al establecimiento y consolidación del sistema democrático. Pero el peso mayor de la lucha antifranquista recayó en las organizaciones políticas, sindicales, vecinales o profesionales creadas por la izquierda y vinculadas a ella (14).

Quizá por esa razón, un régimen que había heredado de José Antonio Primo de Rivera el rechazo tanto a las izquierdas («insolidarias con el pasado») como a las derechas («insolidarias con el presente») (15), y había defendido de todas las formas posibles que esa división nunca iba a reaparecer, se encontró de repente con una población que sabía discernir la diferencia entre los dos sectores y situarse ante ellos. Varias encuestas posteriores a la muerte del dictador demostraron que «la propensión de los ciudadanos a pensar en términos de izquierda-derecha» estaba «muy generalizada». Es cierto que muchos tenían una noción más bien vaga de una y otra; pero sólo un ínfimo porcentaje ponía en duda la existencia de derecha e izquierda (menos de un 1 por 100, según una encuesta del CIS de 1978), o consideraba que no había diferencias entre ambas (del 1 al 2 por 100, en una encuesta de 1984). Y lo que es aún más relevante: según las encuestas de comienzos de los años ochenta, entre un mínimo de dos de cada tres votantes y un máximo de ocho de cada diez se situaban sin dudarlo en uno u otro de los dos bloques. A pesar de la crisis de 1989, los años noventa no vieron un cambio sustancial en el reconocimiento de las diferencias, aunque sí en la ubicación de muchos votantes en el espacio político delimitado por ambas (16).

No es de extrañar, por eso, que en España no se haya producido el mismo debate que acompañó en Italia a la aparición del libro de Bobbio. Antes al contrario: un intento de pulsar la opinión de un grupo escogido de intelectuales y políticos de distintas concepciones ideológicas, tras la aparición en castellano de esa obra, dio un resultado sumamente esclarecedor. Sólo uno de los que intervinieron en el debate mostró una posición «escéptica respecto a la importan-

(13) ELEY (2003): XVI y 498.

(14) POWELL (2007): 81. La visión de la transición que aquí se defiende está explicada con detalle en PÉREZ LEDESMA (2006): 125 ss.

(15) Las citas, procedentes del «Discurso pronunciado en el Frontón Betis, de Sevilla, el día 22 de diciembre de 1935», en PRIMO DE RIVERA (1971): 796.

(16) Las citas, en SANI y MONTERO (1986): 160. Los datos de las encuestas proceden de ese estudio. Para los años noventa, MEDINA LINDO (2004).

cia relativa de este sistema de clasificación», definido como «una superstición poco razonable» cuyo éxito se debía a factores ajenos al mundo político (entre ellos, las experiencias de la infancia, la búsqueda de «atajos» para entender la complejidad del mundo actual o la necesidad emocional de distinguir entre amigos y enemigos). En cambio, la mayoría hizo suya la separación («la distinción entre derecha e izquierda existe en la teoría y en la práctica política, y, por tanto, es un absurdo negarla», afirmó con toda contundencia un representante del centro-derecha, Rafael Arias Salgado), aunque algunos pusieran en duda la caracterización que el autor italiano hizo de una y otra (17).

Aceptada, por consiguiente, como la principal división en el terreno político tanto por los intelectuales como por la mayoría de la población, lo que han contemplado el último tercio del siglo XX y los años iniciales del XXI ha sido el progresivo cambio de contenido de las definiciones de la izquierda (y también, por supuesto, de la derecha). Si en los años setenta se insistía en el marxismo como fuente doctrinal, en la revolución o al menos en la ruptura con el régimen franquista como estrategia, y en la dictadura del proletariado o la autogestión como objetivos revolucionarios, pronto la izquierda mayoritaria abandonó esas propuestas, a veces con fuertes desgarros internos, para centrar su discurso en la lucha por la democratización y la modernización de España; y ya en nuestros días, en la defensa de una «ampliación de los derechos de ciudadanía», tanto en el terreno civil como en el político y social (18).

* * *

A las transformaciones de la derecha en la segunda mitad del siglo XX, tanto en España como en otros Estados europeos o en los Estados Unidos de América se refirió un número anterior de esta revista. Al igual que señalaba el coordinador del dossier recogido en dicho número, Fernando del Rey Reguillo, también para el examen de la evolución de la izquierda hemos podido contar con un excelente plantel de colaboradores, procedentes de diversas ramas del saber (de la historia, pero además de la antropología, la historia de la literatura o la sociología política), que han abordado los principales cambios en las organizaciones y las actitudes de este sector durante los treinta años de vida de la democracia en España.

Carme Molinero y Pere Ysàs, dos de los más reconocidos especialistas en la historia del franquismo y la transición, analizan en su artículo la recomposición de la izquierda al final del franquismo y en los años iniciales de la transición, con especial énfasis en los cambios en la correlación de fuerzas en el seno de ese bloque, desde el predominio del Partido Comunista y la extrema izquierda durante la primera mitad de la década al auge del PSOE, la crisis del PCE y

(17) Las citas de PÉREZ DÍAZ y ARIAS SALGADO, en VV.AA. (1995): 92, 96 y 15.

(18) La caracterización final del párrafo, y un examen de la política del primer gobierno de Rodríguez Zapatero en esos términos, en RODRÍGUEZ GUERRA y RÓDENAS UTRAY (2006).

la práctica extinción de la extrema izquierda tras las primeras elecciones democráticas. Su explicación del éxito «si no inesperado, sí inimaginable apenas un año antes» del Partido Socialista combina los factores internos, de liderazgo y presencia pública, con otros externos, como el peso de la memoria en las decisiones de muchos votantes.

La culminación de ese cambio fue la llegada al poder del Partido Socialista en 1982, y su mantenimiento en él durante los catorce años siguientes. Es éste el tema del trabajo de otro de los mejores conocedores de la historia reciente de España, José María Marín Arce. La debilidad de la derecha y las cada vez más difíciles relaciones entre el gobierno y las organizaciones sindicales, incluyendo a la central hermana, la UGT, como consecuencia del mantenimiento de una «política económica liberal-progresista» al menos hasta 1989, acabó convirtiendo a los sindicatos en la auténtica oposición, como demostró el éxito de la huelga general del 14 de diciembre de 1988, la más importante de la historia de España. Para Marín Arce, el final de esta etapa más que con la corrupción tuvo que ver con la creciente desafección de las clases medias y el desplazamiento del voto obrero hacia Izquierda Unida.

La práctica desaparición de la extrema izquierda en nuestros días no es un obstáculo para su estudio en el dossier. Hubo un tiempo en que los partidos que se situaban en esa franja, bien fueran trotskistas o maoístas, contaron con una militancia amplia, y sobre todo entregada por completo a la causa de la revolución; después, los fracasos electorales y la cooptación por los partidos mayoritarios acabaron con varios de estos grupos y convirtieron en invisibles a otros. La antropóloga Josepa Cucó y Giner, bien conocida por sus estudios en este y otros terrenos (como la sociabilidad o la antropología urbana) ha abordado en su trabajo la difícil reconversión de uno de esos partidos, el Movimiento Comunista, en una red de izquierda alternativa, más interesada por las actuaciones en la sociedad civil que por la lucha estrictamente política.

A las cada vez más complejas relaciones entre la izquierda y los partidos nacionalistas está dedicado el trabajo del más joven de los investigadores presentes en este número, Alejandro Quiroga. Coautor de un libro fundamental sobre las visiones de la identidad nacional desde la transición, Quiroga nos recuerda el descrédito del nacionalismo español tras su apropiación por el franquismo y nos hace recorrer los caminos contrapuestos por los que han transitado las fuerzas de izquierdas desde el establecimiento de la democracia: la defensa de la autonomía regional en el seno del Estado de las autonomías, en unos casos; la defensa de un Estado multinacional, e incluso del derecho de autodeterminación, en otros; y, por fin, la crítica del «etnicismo» nacionalista y la defensa de una «nación de ciudadanos» vinculados entre sí por el patriotismo constitucional.

La transformación de las organizaciones sindicales y los cambios en sus estrategias son el objeto del trabajo de uno de los mejores especialistas en la historia sindical de la Segunda República, experto además en el periodo de la transición. Manuel Redero describe las sucesivas etapas de actuación de los sindicatos:

desde el momento inicial, en el que supeditaron las reivindicaciones obreras a la lucha por la democracia en estrecha relación con los partidos políticos, pasando por un periodo de concertación social y de discrepancias en la estrategia de los dos sindicatos mayoritarios, hasta desembocar en el enfrentamiento conjunto de finales de los años ochenta. El último periodo se ha caracterizado por la vuelta al diálogo social como respuesta a las dificultades económicas, pero también a la debilidad de las propias organizaciones sindicales.

Los intelectuales, o mejor el clima intelectual de los últimos treinta años, aparecen en el estudio de un muy conocido historiador de la literatura, José Carlos Mainer, que siempre ha trabajado en estrecho contacto con los historiadores generales. En su planteamiento desempeñan un papel fundamental los esfuerzos de reconstrucción del canon que con el tiempo dieron lugar a la recuperación de las grandes figuras de la cultura española del primer tercio del siglo XX; pero también se ocupa de la sucesión de generaciones intelectuales, desde quienes vivieron en su juventud la guerra civil, pasando por los que con acierto define como primera o segunda «generación *aplazada*», hasta llegar al surgimiento de una corriente de intelectuales de derecha, ajenos o enfrentados a las preocupaciones de sus predecesores.

Por último, el trabajo de Jorge Benedicto, un experto en sociología política igualmente próximo a la historia y los historiadores, nos conduce a otra acepción de un término tan polisémico como «cultura». Se trata ahora de la cultura política, entendida como la «red de significados a través de la que los actores perciben la vida política, se orientan en la misma y actúan». La recreación de la cultura de la izquierda española se produjo en momentos de dificultad y crisis de la izquierda europea, pero que resultaron beneficiosos para la creación de una nueva identidad política, basada en la modernización, la europeización, la moderación y la legitimidad de la democracia. Una identidad que en los años más recientes ha evolucionado hacia actitudes más individualistas, de las que son un buen reflejo la reclamación y conquista de nuevos derechos cívicos.

Otros temas podrían haber sido igualmente objeto de atención en este dossier. Pero toda revista tiene un número limitado de páginas, y en este caso me temo que lo hemos superado. Por eso, como coordinador del dossier sólo me queda dar las gracias a los autores que acogieron con interés mis peticiones y se esforzaron por llevarlas a la práctica, a veces en condiciones difíciles que hacen aún más valiosa su colaboración.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ARRIOLA, JUAN (ed.) (2006): *Derecho a decidir. Propuestas para el socialismo del siglo XXI*, Barcelona, El Viejo Topo.
- BEAUVOIR, SIMONE DE (1955): «La pensée de droite aujourd'hui», *Les Temps Modernes*, números 112-113 y 114.

- BERTINOTTI, FAUSTO (2006): «El papel del socialismo en una sociedad injusta», *El Viejo Topo*, nº 226, noviembre 2006, pp. 61-67.
- BOBBIO, NORBERTO (1995): *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política* (Nueva edición revisada y ampliada, con una respuesta a los críticos), Madrid, Taurus.
- ELEY, GEOFF (2002): *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica.
- GIDDENS, ANTHONY (1999): *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Madrid, Taurus.
- (2006): «El socialismo ha muerto, pero la izquierda no», *El Viejo Topo*, nº 226, noviembre 2006, pp. 59-61.
- GLOTZ, PETER (1992): *La izquierda tras el triunfo de Occidente*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
- LANZMANN, CLAUDE (1955): «L' Homme de Gauche», *Les Temps Modernes*, números 112-113 y 114.
- MASCOLO, DIONIS (1955): «Sur le sens et l' usage du mot "Gauche"», *Les Temps Modernes*, números 112-113 y 114.
- MEDINA LINDO, LUCÍA M. (2004): *La evolución de las identificaciones ideológicas en España sobre la base del esquema izquierda-derecha (1979-2000)*, Barcelona, ICPS-UAB.
- PÉREZ LEDESMA, MANUEL (2006): «"Nuevos" y "viejos" movimientos sociales en la transición», en MOLINERO, C. (ed.): *La Transición, treinta años después*, Barcelona, Península, pp. 117-151.
- POLO, HIGINIO (2007): «Catorce notas (y una paradoja) sobre la izquierda europea», *El Viejo Topo*, nº 236, septiembre 2007, pp. 9-15.
- POWELL, CHARLES (2007): «El reformismo centrista y la transición democrática: retos y respuestas», *Historia y Política*, nº 18, julio-diciembre 2007, pp. 48-82.
- PRIMO DE RIVERA, JOSÉ ANTONIO (1971): *Obras* (edición cronológica. Recopilación de A. DEL RÍO CISNEROS), Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina del Movimiento, sexta edición.
- REY REGILLO, FERNANDO DEL (2007): «Presentación» del Dossier «Las derechas: tecnócratas, liberales y neocons», *Historia y Política*, nº 18, julio-diciembre 2007, pp. 9-21.
- RODRÍGUEZ GUERRA, JORGE, y RÓDENAS UTRAY, PABLO (2006): «Los derechos de ciudadanía en la España actual», *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº 28, diciembre 2006, pp. 69-102.
- SANI, GIACOMO, y MONTERO, JOSÉ R. (1986): «El espectro político: izquierda, derecha y centro», en LINZ, JUAN J., y MONTERO, JOSÉ R. (eds.): *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, pp. 155-200.
- SARTRE, JEAN PAUL (1986) [1965]: «¿Rematar a la izquierda o curarla?», en SARTRE, J. P.: *Escritos políticos. I. Política francesa*, Madrid, Alianza Editorial.
- VV. AA. (1995): *Las claves del debate. Derecha e izquierda de Norberto Bobbio*, Madrid, Taurus.